

Reseñas

THOMAS E. SHERIDAN, *Los Tucsonenses: The Mexican Community in Tucson, 1854-1941*. Tucson, The University of Arizona Press, 1986, 327 pp. ilustr., fotogr.

Tucson, antiguo presidio fronterizo, fue fundado por pioneros sonorenses en 1775. Al final del siglo XIX se podía considerar como un oasis en Estados Unidos en donde vivía una sociedad mexicana de clase media con tradiciones tanto mexicanas como españolas. Poco después de firmado el tratado de la Mesilla no hubo cambio sensible en la población, ya que la invasión anglosajona hacia el suroeste tardó en interesarse en quedarse ahí. Sin embargo, con la instalación de los primeros anglosajones, aparecieron pronto desigualdad, discriminación y explotación en el trabajo, la educación y las instituciones políticas. Poco a poco los mexicanos tendieron a agruparse en la ciudad en "barrios", separándose cada vez más de los anglos.

Los dos objetivos que propone el autor en su obra son los siguientes: documentar los patrones de subordinación institucionalizada a lo largo de la historia de la ciudad y "documentar la dinámica interna de la comunidad mexicana". Su metodología es sencilla; desarrolla un análisis cuantitativo a partir de datos demográficos y económicos sacados del censo federal, de los directorios de Tucson y de los registros del condado de Pima.

Desde el capítulo I se exponen las razones que permitieron la creación de Tucson. La primera, como en tantos casos similares, fue la existencia del río Santa Cruz, que permitió un valle de pasturas abundantes para el ganado así como una agricultura muy rica. La presencia de los apaches del oeste fue la segunda razón. El presidio estaba destinado a proteger el camino hacia California. Al principio del siglo XIX, Tucson era prácticamente una comunidad de granjeros que mantenían a sus defensores, los soldados del presidio, con una economía de subsistencia más que de comercio. Vivían todos en condiciones difíciles que aprendieron a superar sin contar con la ayuda hipotética de México, que nunca se manifestó —aun cuando una colonia militar enviada por el gobierno mexicano despojó a los granjeros de sus tierras. Un poco por esto, muchos tucsonenses acogieron con beneplácito la ocupación norteamericana, porque esperaban una gran mejoría. Por supuesto, otra corriente juzgaba la anexión como una traición y una pérdida irreparable. Oficialmente, numerosos empresarios anglos proclamaban que el propósito de su llegada era el de llevar la civilización a los sonorenses. La verdad era otra: el motivo real era la construcción del Southern Pacific Railroad (Ferrocarriles del Pacífico Sur), cuyo principal instigador fue James Gadsden. Por otra parte la mano de obra barata mexicana era muy importante para los anglosajones propietarios de minas en Arizona.

Cuando los pioneros pudieron finalmente dejar de preocuparse por la

defensa de sus murallas, empezó a desarrollarse una vida social e intelectual intensa. Algunas familias acumularon grandes fortunas y ocuparon puestos políticos importantes. Supieron asimilarse de modo selectivo al mundo anglo en desarrollo, sin dejar de conservar la integridad de su cultura latina. Unas cuantas familias eran dueñas de ranchos enormes con miles de cabezas de ganado, otras eran de horticultores o de contratistas en la ciudad, muchas más de comerciantes. Casi todos empezaron transportando mercancías en largas distancias con trenes de mulas, y en 1880 algunos supieron aprovechar la llegada del ferrocarril.

Esta economía esencialmente agrícola empezó a retroceder al llegar los capitales de las grandes compañías anglosajonas. La degradación del Río Santa Cruz, causada en gran parte por las peleas por el agua entre anglos y mexicanos, fue la razón de un éxodo de muchos rancheros que tuvieron que malbaratar sus tierras y buscar empleo en la ciudad. Comienza entonces el éxodo "del rancho al barrio". Al mismo tiempo llegó otra migración a la ciudad de Tucson, formada por los que escapaban de la inestabilidad política y la explotación económica del Porfiriato. Es el principio de la expansión urbana impulsada también por el ferrocarril. Empiezan a instalarse las colonias anglosajonas y mexicanas en zonas de habitación muy distintas, y poco a poco se extiende la mala fama de los barrios mexicanos.

Había un exceso de mano de obra no calificada, explotada y sin medio de defensa, ya que la prensa en español y la misma clase media mexicana, de ideología muy conservadora, rechazaban cualquier posibilidad de liderazgo. Se devaluó el peso y el final del siglo se caracterizó por una marcada depresión económica en el comercio, las minas y el ganado; con el fuerte desempleo surgieron las primeras declaraciones anglosajonas sobre los mexicanos "ladrones de empleos". Algunos tuvieron que repatriarse, otros lucharon para sobrevivir con el auxilio de las mutualistas impugnadas por la clase media alta mexicana. Ésta, con los mismos principios económicos de los anglos, había alcanzado un alto nivel de desarrollo. En la ciudad empezó a nacer otra ciudad con su propio comercio y su medio de intelectuales, artistas y profesiones liberales. El autor cita a varios personajes de Tucson que destacaron en esta época. Se extiende en particular sobre el maestro de escuela Ignacio Bonillas, que llegó a ser embajador de México en Estados Unidos y candidato favorito de Venustiano Carranza para sucederle. Fue partidario del indigenismo y precursor del chicanismo.

En política, los mexicanos fueron republicanos primero, ya que los demócratas habían fomentado la guerra contra México. Pero al ver que el Partido Republicano no respaldaba a candidatos mexicanos, la mayoría se volvió demócrata. En este partido algunos mexicanos, como Mariano Samaniego, desempeñaron un papel muy importante. Pero la mayor parte participaba poco en las elecciones por la vida difícil que llevaba en su lucha por sobrevivir a la discriminación y a la depresión.

En el capítulo dedicado a la familia y al papel de la mujer, Thomas Sheridan expone numerosas estadísticas y establece comparaciones con otras ciuda-

des del suroeste —Los Ángeles, San Antonio y Santa Fe en particular. A su llegada, los anglos se casaron con mexicanas, por la gran escasez de mujeres anglosajonas en esa época. La década de 1870 registra el número máximo de estos matrimonios, y la primera década del siglo XX el mínimo definitivo.

El autor se explaya también sobre el tema de la religión. La primera catedral, dedicada a San Agustín, fue símbolo de la fe de los tucsonenses que trajeron desde Sonora su ritualismo y devoción hacia los santos y la Virgen. Varios arquitectos y diseñadores mexicanos colaboraron, pero el clero era español (sólo en 1946 pudieron tener su primer sacerdote mexicano-americano).

El capítulo diez, sobre la lucha contra la discriminación durante la primera guerra mundial y los años siguientes, es uno de los más interesantes. La industria minera y la algodonera habían tomado impulso por la fuerte demanda a raíz del conflicto. Se crearon más empleos, pero los mexicanos seguían con los sueldos más bajos. Se desarrollaron las mutualistas existentes y se crearon más, con el propósito de combatir la discriminación que existía en todos los ámbitos (hasta en las películas, que mostraban a los mexicanos bajo aspectos denigrantes, y en las cárceles, donde la pena de muerte estaba reservada a los mexicanos). Amado Cota-Robles, presidente de una de las organizaciones más influyentes, la Liga Protectora Latina, combatió durante años las medidas discriminatorias introducidas desde hace mucho en la legislación del estado de Arizona, en particular la Ley 23, que prohibía a los sordos, a los mudos y a los que no podían hablar inglés, emplearse en trabajos peligrosos, esto para alejar a los mexicanos de los trabajos calificados. Las mutualistas, de ideología muy conservadora, buscaban demostrar cierta lealtad al gobierno de Estados Unidos y presionaban a los trabajadores para que no participaran en huelgas. No formaban sindicatos ni eran admitidos a los de los anglos. Sin embargo, como en la huelga de las minas de cobre de Cananea, su participación fue grande en algunas minas de Arizona y en el Southern Pacific Railroad. Pero las consecuencias eran casi siempre fatales, por los despidos en masa y las repercusiones nefastas en la economía de la ciudad.

A pesar de la discriminación (o quizá gracias a ella), la cultura mexicana nunca dejó de florecer en Tucson. Esta ciudad se volvió “el centro más grande y más refinado de mexicanos entre Los Ángeles y El Paso. . . una Meca para los artistas, intelectuales y hombres de negocios mexicanos desde el sur de Arizona hasta el norte de Sonora” (véase p. 186). Artistas famosos nacieron en Tucson y se dieron a conocer en varios países del mundo, en particular en los campos de la música y del teatro. Surgieron y desaparecieron numerosos periódicos (*El Fronterizo* y *El Tucsonense* fueron de los más durables e influyentes). Otros tipos de diversiones más populares tuvieron también sus adeptos: carreras de caballos, peleas de gallos, corridas de toros, etc., sin olvidar los deportes. Formaban parte integral de la vida de los anglos y de los mexicanos acostumbrados a enfrentar las duras condiciones de la vida cotidiana.

Pero esta vida tan difícil no había llegado todavía a su punto máximo. En 1930 llegó a la ciudad “La Crisis” (así llamaban los mexicanos a la Gran Depresión). Bajaron los precios del algodón y del cobre, los bancos chicos se

vieron en la bancarrota. La crisis no cedió por lo menos hasta la mitad de la década. Los más duramente golpeados fueron los trabajadores del ferrocarril. Empezó entonces un despido masivo y la gran repatriación de miles de mexicanos a veces en condiciones injustas, para que los anglos pudieran conservar empleos. En Tucson se organizó una gran cooperación para ayudar a los que estaban luchando una vez más para sobrevivir en los barrios. Los mexicanos elegidos en el concejo de la ciudad y los policías mexicanos eran los que mejor podían ayudar.

El capítulo sobre la educación muestra uno de los ámbitos más característicos de la discriminación, a pesar de que las primeras escuelas públicas de Tucson fueron fundadas por mexicanos. Los niños tenían que enfrentar en la escuela un ambiente totalmente diferente al de su casa y muchas veces ahí oían denigrar sistemáticamente lo mexicano. El resultado inevitable fue la formación de un complejo de inferioridad en los niños más desfavorecidos y de estereotipos culturales acerca de los alumnos chicanos, cuyo retraso en muchas ocasiones era real, sobre todo por razones económicas y por la barrera del idioma. Poco a poco los anglos descubrieron la falsedad de sus teorías y de algunos métodos como el de aplicar pruebas de inteligencia en inglés a niños que no hablaban más que español. No reconocían que la condición *sine qua non* para una mejor escolaridad era una mejor oportunidad socioeconómica y una mejor orientación a los estudiantes más dotados para no condenarlos de antemano al mundo de los *blue-collars*.

Finalmente, Sheridan muestra en detalle la estructura ocupacional de la comunidad y la configuración de la ciudad en los años 1940. Ésta es el objeto de un estudio minucioso de los barrios mexicanos, de las colonias de los anglos y de los mexicanos más ricos, de los suburbios todavía campestres, de los nuevos fraccionamientos y de la presencia del ferrocarril, cuya diagonal de norte a sur deslinda los barrios pobres mexicanos de los ricos.

En conclusión vemos cómo el trabajo mexicano estuvo en la base de la edificación de Tucson. Sin embargo, queda claro que los frutos de este crecimiento llegaron principalmente a los anglos. A lo largo de la obra, se observa cómo se rehusaba a los mexicanos las oportunidades políticas, económicas o educativas que disfrutaban los anglos. Además, los mexicanos de cierto nivel social y en ciertas profesiones se mostraban racistas con sus compatriotas menos afortunados, y nunca hubo una verdadera solidaridad. La comunidad mexicano-americana está dividida entre muchas facciones desde el tratado de la Mesilla hasta nuestros días.

Este resumen puede parecer un poco largo, pero era difícil la reseña de este libro apasionante sin destacar los principales aspectos de cada uno de los quince capítulos. El autor les agregó cuatro apéndices. Los primeros indican las fuentes de las estadísticas de población y fuerza laboral. El tercero señala el lugar de nacimiento de los tucsonenses de apellido español en 1860, 1880, 1900. El cuarto proporciona la tipología de la familia mexicana y de la familia anglo en 1880 y 1900. Notas por capítulo, bibliografía e índice onomástico completan la obra.

Algunos lectores podrían pensar que el libro de Sheridan es un poco repetitivo. En efecto, relatar un periodo histórico en orden cronológico y temático a la vez, presentaba el peligro de caer en repeticiones que de hecho aparecen en varios momentos de la obra, pero evitarlas hubiera quizá restado armonía y claridad al contenido. Las aceptamos porque estamos en presencia de una magnífica biografía de ciudad. Ya teníamos conocimiento de algunas otras del suroeste, como Los Ángeles, El Paso, Albuquerque, San Antonio, Santa Fe, etc. Esta biografía de Tucson aporta un eslabón a la cadena de las ciudades mexicanoamericanas que fueron clave en el desarrollo del suroeste. Thomas Sheridan no escatimó esfuerzos, porque para entrar en el detalle de tantos aspectos políticos, económicos, sociales y culturales necesitó gran cantidad de estadísticas y gran paciencia a lo largo de su análisis.

Varios mapas de la ciudad refuerzan las estadísticas, desde el mapa de los campos en Tucson en 1862 y del desarrollo continuo de la ciudad, hasta el que deslinda los barrios mexicanos en 1940. De las estadísticas sobre fuerza laboral, el autor saca una conclusión poco alentadora: la distribución de la fuerza laboral de Tucson en 1940 era la misma que la de 20 y 40 años antes. El 75% de los de apellido español trabajaban como *blue-collars* y 96.5% de los *white-collars* estaban representados por los anglos, como dos décadas antes.

No debe dejarse de mencionar la excelente presentación de esta edición: pasta dura, papel y tipografía de calidad, sin olvidar un conjunto de fotografías muy graciosas, sacadas de archivos familiares, representativas de las clases sociales aludidas.

Desde el principio de su historia social, Thomas Sheridan hace referencias constantes a sus antecesores y colegas que estudiaron estos diversos aspectos de una comunidad; sólo una vez difiere totalmente de la opinión de un autor (Goldstein) a propósito de la educación pública como medio de asimilación a la cultura anglo: según Sheridan, los mexicanos trataron siempre de luchar contra la americanización de la educación de sus hijos. En otro momento, el autor lamenta que hasta ahora no se hayan realizado todos los estudios necesarios sobre educación de los chicanos, y que algunos de los estudios realizados por los anglos muestren todavía muchos vicios.

Una característica de la obra de Sheridan es su imparcialidad, su objetividad, su no-agresividad. Al contrario de tantas obras escritas por autores chicanos o anglos, cuyo primer reflejo es deslindar desde el principio los malos de los buenos, o predicar el chicanismo, una de las grandes fuerzas de este libro es su equilibrio.

Donde muchos autores pierden el control de su estudio al dejarse llevar por sus sentimientos, Sheridan expone con lucidez las múltiples facetas de esta gigantesca empresa común que fue el crecimiento de Tucson: sí, es cierto que los pioneros fueron los sonorenses, dice el autor; es cierto que las primeras generaciones de mexicanos construyeron las bases de su infraestructura, pero se quedaron a la zaga de esta expansión y la discriminación racial de parte de los anglos no fue el único factor: una gran insuficiencia lingüística y cultural se erigió como barrera imposible de franquear para alcanzar trabajos espe-

cializados y niveles económicos superiores. Por otra parte, su aislamiento geográfico en la ciudad, a veces por razones económicas, pero también para quedarse en medio de la gran familia mexicana con sus tradiciones, detuvo el progreso; todos esos factores aniquilaban los deseos de superación que muchas veces quedaban en intenciones.

Finalmente, decenas de biografías cortas de los hombres y mujeres que más destacaron en la historia de la ciudad, ayudan a edificar este magnífico libro, escrito por un verdadero especialista en la materia, ya que Thomas Sheridan, etno-historiador en el Arizona State Museum, fue Director del Mexican Heritage Project en el Arizona Heritage Center de Tucson, de 1982 a 1984.

MARIE-CLAIRE FIGUEROA

ALAIN FINKIELKRAUT, *La Défaite de la Pensée*, París, Gallimard, 1987, 165 pp.

El libro de Alain Finkielkraut ha tenido un éxito inusitado para un ensayo filosófico en Francia. Un éxito que a mi parecer se debe a dos cuestiones básicas que están interconectadas. Por un lado, los planteamientos del libro van contra la corriente en el debate que ha surgido en torno a la fuerza que ha estado adquiriendo la "nueva" derecha francesa. La polémica generada en torno al ensayo de Finkielkraut se debe al hecho que propone que a pesar de que a la derecha representada por el *Front National* sus detractores le oponen la idea de una Francia pluricultural, en el fondo, ambas posiciones parten de una misma visión del mundo, aunque reconoce que las intenciones de ambas son claramente distintas y simpatiza con la segunda de ellas. El ensayo también va contra la corriente, cuando se rebela frente a la tentación de nivelar el concepto de cultura, de identificar como tal a las más diversas manifestaciones sin importar si tienen la dignidad de lo que puede considerarse como cultural o si son simplemente diversión.

La otra razón del éxito del libro está, en gran medida, funcionando en forma inconsciente, aunque alejada del propósito principal del libro. Frente a una preocupación cada vez mayor por el evidente declive económico de Francia, con relación a las otras grandes potencias industriales, y que cada vez más frecuentemente está siendo referido a otros ámbitos, y en general a la civilización francesa, el libro de Finkielkraut propone no sólo la vigencia, sino la necesidad de rescatar el pensamiento surgido en Francia que ha tenido el mayor impacto universal, las ideas del Siglo de las Luces.

Para fundamentar su crítica, Finkielkraut inicia su ensayo confrontando dos ideas de nación, clásicas pero antagónicas: la del romanticismo alemán, propuesta por vez primera por Herder y que tuvo en Francia sus adeptos entre los tradicionalistas como De Maistre, y la idea de nación que tuvieron los filósofos del Siglo de las Luces.

La primera de estas ideas, se basa en la concepción del alma popular, del